

falsa por donde don Fernando entraba; y con esta prevención se acostaron, aunque el desvelo de don Alejandro era tanto, que no durmió sueño. Media hora sería ya de día cuando uno de los dos criados vino á decir á los caballeros cómo había visto salir á don Fernando de la casa de la amiga de doña Isabel en hábito de noche, y que á este tiempo, á una ventana de las de doña Isabel, que también caía á la otra calle, ella se había puesto á verle salir, á quien había conocido muy bien. Con esto quedó don Alejandro asegurado de su sospecha y sin género de amor para con la engañosa dama; de la vecina no se podía tener sospecha que nadie la galantease, por ser ya mujer de cincuenta años y indiciada en que sabía hacer algunas amistades de juntas amorosas. Tal género de mujeres debía de ser aborrecido de las gentes, pues con disimulado trato son polilla de las honras, con quien no vive marido, padre ó hermano seguro. La noche siguiente pudo el cuidado de don Alejandro ver mas á su salvo desde la casa de un conocido suyo entrar á don Fernando, y para mayor satisfacción de su sospecha se subió al terrado, de donde vió cómo en el de enfrente estuvo este favorecido galán hasta ser avisado que pasase al suyo por la misma doña Isabel.

Esa misma tarde quiso la cautelosa dama satisfacer á su quejoso galán por cumplir con todos y no dejar á nadie con queja; y así, con una criada suya, de quien fiaba uno y otro empleo, y ella acudía á entrambos con solícito tercio, por lo que de ellos medraba, le envió un papel. Halló á don Alejandro que acababa de dormir la siesta, y estaba en un catre de la India echado; mandóla entrar y dióle el papel, en el cual leyó estas razones:

«No os encarezco, señor don Alejandro, la pena que tengo, considerando en vos el sentimiento que juzgo tendréis por no haber usado el acto de piedad que pedían vuestro amor y la buena correspondencia de una mujer bien nacida, cuando no la moviera él mismo; mas si considerais cuán delicado es el honor y cuánto se debe mirar por él, echaréis de ver que pues no os di acogida en mi casa, estaba á pique de perder mi reputación con la huésped que acerté á tener para enfado mio; el sentimiento que me dejastes os dijera bien mi desvelo, y yo en este papel, si os juzgara tan crédulo como os juzgo enojado; gracias al cielo que lo dispuso mejor, estorbando vuestro peli-gro y el mio, pues es cierto que á pasar vos por él no era mas mi vida. Suplicoos que el enojo no pase adelante, si ha merecido esta satisfacción acabar esto con vos. Echaré de ver haber perdido la queja en la respuesta de este; téngala yo buena, si estimais mi vida; la vuestra guarde el cielo como deseo. La que bien os quiere.»

Notablemente se irritó con el papel don Alejandro, y aunque lo disimuló cuanto pudo, la criada, que no partía los ojos de su semblante mientras leía, lo conoció bien por algunas mudanzas que en él vió. Rogóla el ofendido amante que esperase en un alegre jardín, que

allí cerca estaba, mientras respondía, y tomando reca-do de escribir, aunque dilató el tiempo por hacer bor-rador del papel, contenía estas razones:

«Siempre vuestras satisfacciones fueron para mí au-mento de amor; mas esta, aunque no la juzgo por »tarda, ha hecho contrario efecto, conociendo venir »tan falta de verdad como lo ha sido siempre vuestra »fe; nunca presumí de mí que fuera bueno para entre-» tener ausencias, ni de vos que pasarades con ello ade-»lante, sabiendo la pena que me tenía de costa padecer »con deseos y esperar con zozobras. No culpo el no »admitirme cuando amenazaban peligros á mi vida; y »así, disculpo la acción, que ejercer tanta piedad con »dos sujetos á un mismo tiempo es demasiada caridad; »lo que culpo es que con empeño tan preciso busqueis »en mí el voluntario, aventurando vuestra opinión en »la corta duración de un engaño, de que he salido con »las diligencias que bastan para saber que un dichoso »tiene entrada en vuestra casa, por donde le hacen buen »tercio para vuestra correspondencia. Gozadle mil si-»glos, sirviéndoos de no acordaros mas de mí, porque »ni soy bueno para llamado, ni dichoso para esco-»gido.»

Este papel estuvo en breve tiempo en manos de doña Isabel, á la cual halló la criada en casa de la vecina amiga por donde entraba don Fernando; recibióle la dama, preguntándola á su sirvienta cómo le había hallado; ella le dijo que con poco gusto, y que así la había recibido, careciendo de los agasajos que siempre que la veía la hacía. Alteróse doña Isabel, diciendo: Con lo que me dices me prometo poco gusto con el papel; abríole, y leyendo en él las razones que se han dicho, quedóse con él en la mano, ajena de sí, no sabiendo lo que la había sucedido. Preguntóle la amiga qué contenía el papel, y ella para mejor satisfacerla, quiso que él lo dijese dándole á leer, por donde conoció la amiga estar descubiertos los amores de don Fernando, con pérdida de su reputación, pues sabía ser por su casa la entrada á la de la amiga, pesándola muchísimo de que se hubiese sabido. Doña Isabel estaba con tanta pena de haber visto el papel, que no acertaba á hablar, y maldecía el punto y hora en que á don Alejandro había admitido á su galanteo; mas un consuelo le quedaba, y era conocer en él tan noble condición, que aunque estaba celoso, fiaba de su buen término que no publicaría su correspondencia; cosa poco usada en estos tiempos, donde se dicen aun las cosas que no suceden: ¿qué será las que con verdad pasan? No paró la desgracia de doña Isabel en esto solo, que cuando la fortuna comienza á volver la rueda para adversidades, no se causa en una sola. Sucedió pues que cuando salió la criada de dar el papel de su señora á don Alejandro, acertase á verla don Fernando salir de su casa y con el papel en la mano: poca advertencia de las que con poco celo sirven, que mayor la tuviera á hallar las dádivas que acostumbra recibir del generoso don Alejandro; mas como salió con aquel disgusto de no haberle dado nada, cuidó poco de lo que la importaba envebrir, que fué lo que

bastó para engendrar sospecha en don Fernando, el cual la siguió disimuladamente hasta la casa donde doña Isabel estaba; y habo aquí otra inadvertencia, que fué dejarse la puerta abierta. Hallando con esto don Fernando franca entrada, subióse arriba sin ser sentido de nadie, y pudo oír leer el papel en alto á la amiga de doña Isabel, y despues lo que las dos platicaron sobre él, explicando la afligida dama su sentimiento. Con esto y la poca gana que este caballero tenía de cumplir su obligación, que un amor gozado tiene menos fuerza que el que se espera, él halló camino por donde eximirse de ella, y así salió adonde estaban, no causándoles poco alboroto su vista de improviso. Lo que dijo, mirando á la afligida doña Isabel, fué: Yo juzgué, con las obligaciones que de por medio había entre los dos, ser correspondido con la fe que pedían mis buenos deseos, enderezados á honesto fin de matrimonio; mas pues veo ¡oh ingrata doña Isabel! tu poco recato, admitiendo nuevo empleo, quedo libre para disponer de mí á mi voluntad, pues no fuera razón hacer empleo en quien tan poco mira su honor, para vivir toda la vida con escrúpulos y recelos de sí me guardan el mio. Con esto volvió las espaldas, dando por bien empleada su diligencia, pues por ella pudo salir de un empeño donde sin gusto de su madre se hallaba.

No pudo el valor de doña Isabel resistir este pesar; y así, fallándole el aliento, se quedó desmayada en las faldas de su amiga, durándole largo rato el desmayo; pero vuelta de él, causó notable lástima las cosas que dijo, lamentándose de su poca dicha, sin saber qué remedio tener. Veíase despedida de don Alejandro, sabedor ya de su empleo primero; despreciada de don Fernando, á quien por su poco recato tenía ofendido, y no discurría qué modo tener para desenojarle, vista la razón que tenía. Así pasó la tarde, ocupada en varios discursos, pero ninguno eficaz para su remedio. Llegó la noche y fuése á su casa, donde la dejarémos, por decir lo que don Alejandro hizo.

Luego que la criada se fué con el papel, don Alejandro estuvo un rato discurrendo consigo en lo que haría, pues ya hallaba esta puerta cerrada para su empleo y no ser á propósito de su honra el tratar de él. Habiale parecido bien siempre la hermosa Laudomia, con quien le pasó aquel lance de celos con doña Isabel; veía cuán principal era y tener buen dote; y así, trató de pedirla por esposa á su padre y hermano, cosa que alcanzó de ellos en breve con mucho gusto suyo, por ser este caballero muy querido de todos en su patria. Hicieron las capitulaciones, y publicóse luego por Valencia este casamiento; llegando á oídos de doña Isabel, juzgad si lo llegaría á sentir con veras, y mas siendo el empleo con quien ella tenía aborrecimiento desde aquel encuentro que había tenido. Muchas cosas dijo lamentándose, maldiciendo su corta fortuna; pero no son estas nada para lo que le esperaba, porque don Fernando, hallando la ocasión, como la podía desear, para eximirse de su obligación, no cumpliendo la que á esta dama le debía, trató de casarse con una señora rica y

hermosa, con quien su madre le instaba que se casase; hicieron también las capitulaciones, y aunque fueron con secreto, pasó luego la voz por toda Valencia, de modo que llegó la nueva á los oídos de doña Isabel. Tenía esta dama tanta confianza en que don Fernando no había de faltar á su obligación, que pensaba ella que faltarán todas las del mundo, y esta no; mas hallóse muy burlada; porque si ella, que había de conservar aquel amor, como perdidosa de la joya la mas preciosa de su honor, tenía tan poco recato, hablando á un tiempo con don Alejandro, ¿cómo quería que don Fernando se casara con ella con tan grandes escrúpulos, habiendo de vivir toda la vida con recelos? Ese día que supo la última nueva del casamiento de este caballero no perdonó su enojo su hermoso rostro, pues le maltrató con golpes, ni á su dorado cabello, que esparció parte de él por el suelo; sus ojos eran fuentes que nunca cesaban de llorar; decía la afligida dama, cuando los penosos sollozos y afligidos suspiros la dejaban: Desdichada de tí, mujer sin ventura, castigada ingratamente por firme, por amante y por haber guardado fe á un desleal, á un fementido, á un traidor, pues habiéndole hecho dueño de lo mejor que poseía, niega la deuda, y la paga es olvido y mudanza; escarmienten en mí las inconsi-deradas y fáciles mujeres que engañadas de una leve lisonja y de un fingido amor se determinan á perder lo que despues no se puede recuperar; por grande desdicha paso, pues cuando en esta alicción apetezco lo que otros aborrecen, que es la muerte, no quiere venir á dar fin á mis penas y alivio á mis cuidados. Visitóla aquella amiga, por cuya casa don Fernando entraba á la suya; y aunque la procuraba consolar cuanto podía, era tanta su pena, tan grande la causa y tan lejos su remedio, que eran en balde los consuelos, pues estos se fundaban en esperanzas, y aquí no las había sino muy largas y fundadas en una muerte, que era en la de la esposa que don Fernando elegia; poner impedimento en el consorcio era el mejor remedio; mas un empleo tan oculto, sin haber precedido á él cédula ni testigos mas que una criada, qué fuerza había de tener para impedir la intención de don Fernando, que castigó muy de contado el delito de doña Isabel, para que escarmienten las que se arrojan á dejarse galantear á un tiempo de dos, no advirtiendo cuánto llegan á perder de su fama y opinión siendo burladas, como se ve en el ejemplo presente. El remedio último que doña Isabel eligió fué resolverse á entrarse monja en el real monasterio de la Zaidia, y así lo ejecutó de allí á tres días que supo el casamiento capitulado de su riguroso galán.

Novedad pareció á Valencia ver tan presta mudanza en esta dama, cuando la juzgaban tan amiga de hallarse en todas fiestas, tan alegre en todas conversaciones, y finalmente, tan del siglo; atribuyeron todos esto, no á lo que pasó por estar oculto, sino á que Dios tiene muchos caminos por donde llama á los suyos. Esta señora escogió mejor esposo, y así con él vivió contenta lo que duró su vida. Don Fernando nunca tuvo sucesión, sino pleitos, empeños y pesares, no viviendo muy gustoso

con su esposa. Solo quien tuvo felicidades con la suya fué don Alejandro, pues le dió Dios hijos y muchos aumentos de hacienda.

Aquí tuvo fin la novela, que duró hasta que llegaron al fin de la jornada de aquel día. Alabaron todos al licenciado Monsalve su bien escrita novela, diciéndole Ordoñez: Si como la muestra que hemos oído es lo demás del libro, desde luego le prometo á usted que sea bien admitido en todas las manos y que tenga buen expediente. No le perdonamos á usted las novelas que faltan, para que así tengamos entretenida jornada. Agradeció Monsalve el favor que Ordoñez y todos le hacían, y ofrecióles que cuando faltase materia á la conversacion, lo supliría él con leerles otra novela hasta que se acabasen, no causándoles enfado. Todos aceptaron el ofrecimiento muy gustosos, con que habiendo llegado á la posada, eligió cada uno aposento, donde se retiraron á cenar y á dormir luego, por haber de madrugár al otro día.

CAPITULO IX.

Llegan Rufina y Garay á Córdoba; los ponen presos, y Rufina cae mala, y esto les proporciona conocimiento con un rico genovés, que se los lleva á su quinta para que aquella convaleciese.

Por sus jornadas llegaron á la antigua ciudad de Córdoba, una de las principales ciudades de Andalucía y cabeza que fué de reino en tiempo que España la ocuparon moros; su llegada á esta ciudad fué al anochecer; pues un tiro de ballesta antes de llegar á sus muros sucedió que habiendo salido dos hidalgos al campo desafiados, el mas desgraciado cayó en el suelo herido de dos estocadas penetrantes, con que el contrario le dejó, y se fué á poner en salvo; pedía el herido confesion á voces, al tiempo que el coche emparejaba con él; como el licenciado Monsalve era sacerdote y confesor, obligóle á salir del coche, acompañado de Garay y de la señora Rufina, que quiso aquí, sin ser menester, salir á ver el herido; acudieron á él y á tan buen tiempo Monsalve, que le pudo dar materia para caer sobre ella la forma de la absolución, y luego perdió el habla, quedando en brazos de Garay. Volvióse Monsalve al coche, y llamando á Rufina, no quiso dejar á su Garay solo, con lo cual descortesmente partió el coche y los dejó allí, enviándoles á decir los que iban en él adónde se habían de apea con el mozo del cochero, cosa que sintió mucho Rufina, la cual quedó acompañando á Garay, que viendo aun con sentido al herido, le ayudaba á bien morir, diciéndole se encomendase de corazón muy de veras á nuestro Señor; mas él estaba tal, que en sus brazos perdió presto la vida; confusos se hallaron en ver qué harían de aquel cuerpo, cuando á este tiempo llegó la justicia, y como viese al difunto en los brazos de Garay desde lejos y á una mujer allí con ellos, y antes hubiese entendido que habían salido dos hombres desafiados, pensó que Garay era uno de los del desafío, con que le agarraron dos corchetes que acompañaban á un alguacil de la ciudad, y él les mandó que le llevasen luego á la cárcel, encomendando al alcaide que tu-

viese mucho cuidado con aquel preso, y él se llevó también á Rufina presa á su casa. Disculpábanse los dos con la verdad; mas el alguacil, que se presumía que por Rufina habían salido al desafío, no hacía caso de sus disculpas, diciendo que como probasen ser así lo que afirmaban, saldrían libres. Dejó á Rufina en su casa, y fué luego á dar cuenta al corregidor del caso, diciéndole cómo aquel hidalgo había muerto en el campo, y que le había hecho traer á la ciudad, y preso al homicida y á una mujer, sobre quien sospechaba había sido el desafío; mandó que la mujer se la trajesen á su casa, y fué hecho al punto. Estaban con el corregidor algunos caballeros, y con ellos un genovés rico, gran mercader de por grueso, que había venido á un negocio suyo; pues como viesen á Rufina con tan buena cara y talle, todos se pagaron de ella, en particular el genovés que era enamorado. Estaba Rufina afligida de ver que se le hiciese aquella extorsion caminando, con que era fuerza si se detenían esotro día perder aquel viaje. Hizole el corregidor con su teniente, que ya había llegado allí, algunas preguntas acerca del desafío y la muerte, y lo que á ellas respondió fué que no sabía nada de aquello, que ella venía de Sevilla caminando para Madrid en un coche, en compañía de otras personas que estaban en la posada que señaló y la habían avisado, y que vieron pedir confesion á un herido, saliendo del coche á confesarle un clérigo que venía con ellos, un tío suyo anciano y ella. Resolvieron, por ser tarde, dejar para otro día la informacion de todo, mandando el teniente que á los del coche se les avisase que no partiesen esotro día de Córdoba hasta serles ordenada otra cosa. Con esto se volvió Rufina á la casa del alguacil, que se la dieron por cárcel, acompañándola el genovés aficionado, por ser su casa en la misma calle, y cuando no lo fuera hiciera lo mismo: tanto se había pagado de la moza; al dejarla en casa del alguacil se ofreció con grandes veras, y ella le agradeció el que pensaba era cumplimiento. Con la pena de verse detenida allí le dió á Rufina una calentura, de modo que fué principio de unas penosas tercianas.

El día siguiente examinaron á los del coche, y todos dijeron la verdad, conformando con lo que había dicho Rufina, con que dieron á Garay libertad, con mas luz de haber sabido quién fué el homicida, porque los que se hallaron al principio del desafío depusieron en esto. Fué luego Garay á verse con Rufina, sintiendo mucho su indisposicion; esforzóla á que se animase para ponerse en camino, mas el médico que fué llamado para verla la aconsejó que si no quería perder la vida no se moviese hasta estar libre de su calentura. Con esto fué fuerza partirse el coche con la demás compañía, dejando allí la ropa de Rufina, la cual hubo de pagar al cochero lo que mandó la justicia, que si no fué por entero, fué alguna parte; no se desconfió el genovés en acudir á ver á la forastera á casa del alguacil, á quien comenzó á regalar con mucho cuidado y puntualidad, y era mucho para él, porque podía muy bien ser segunda parte del sevillano Marquina; mas el amor hace de los mise-

rables generosos, como de los pusilánimes alentados.

Bien estaría Rufina en la cama quince días, en los cuales no dejó ninguno de tener visita del señor Octavio Filuchi, que así se llamaba el enamorado genovés, y despues de visitarla, venía el criado con un regalo, ó de dulces, ó alguna volateria, con que el alguacil y su mujer se daban por contentos, por lo que participaban de todo. Convaleció la dama, y para hacerlo mejor, nuestro genovés le ofreció un jardín y casa, que estaba en la verde márgen del claro Guadalquivir. Aconsejóla Garay, á quien llamaba tío, que aceptase el envite, porque había conocido aficion en aquel hombre, y sabía tener mucho dinero, con que se esperaba otra presa como la de Marquina. Con este consejo Rufina estimó la oferta que le hacia; y así, dispuso el pasar allí hasta hallarse con fuerzas para caminar. No quiso el genovés que se supiese en Córdoba haberla llevado á su quinta, por no dar nota á la ciudad, y ocasion á la justicia para visitarla su casa; y así, dispuso con beneplácito de la dama que Rufina fingiese partir de la ciudad y proseguir su comenzado camino; hizose así á prima noche, que trajeron mulas, y ella y Garay con el mozo y dos acémilas con la ropa partieron camino de Madrid, por deslumbrar los ojos de curiosos; y despues de haber andado cosa de un cuarto de hora, volvieron á Córdoba, y se fueron á la quinta, que estaba como dos tiros de ballesta de la ciudad; en ella esperaba el señor Octavio Filuchi con una muy gran cena; cenaron alegremente, y allí comenzó el amante genovés á mostrar mas descubiertamente su amor. Era hombre de mas de cuarenta años, buen talle, vestía honestamente, y había como dos años que era viudo, y del matrimonio no le quedó ningun hijo, habiendo tenido tres; su trato era grueso en todas mercaderías, y á su casa acudían por ellas todos los mercaderes, así de la ciudad de Córdoba como de las convecinas, porque tenía correspondencia en todas partes. Era un poco codicioso, y aun si mucho dijéramos, hablaríamos con mas propiedad; era hombre de caudal, porque tendría mas de veinte mil escudos, y mas de cincuenta mil de créditos, fuera de sus tratos; era dado á los estudios, por haber estudiado en Pavía y en Bolonia con mucho cuidado, antes de haber heredado á un hermano suyo, que por morir en España, vino á ella á heredarle, y casóse en Córdoba, enamorado de una hija de un mercader de los que compraban de su lonja, y por esta causa se quedó en aquella ciudad. Este sugeto, que ha de ser el asunto de nuestra narracion, es el que amaba á Rufina, el que la ofreció su quinta para convalecer, el que lo hizo con deseo de conquistar su amor, y finalmente, el que se dispuso á no dejar esta empresa: tanta aficion mostró á la hembra. Ella estaba bien advertida por Garay de que el genovés era ave de quien podía sacar mucha pluma; pues la fortuna le había traído aquella buena dicha, deseaba no serle ingrata, sino aprovecharse en cuanto pudiese, no dejando pasar ocasion ninguna. Por aquella noche no se hizo mas que cenar, y cada uno se fué á su rancho á dormir, por ser algo tarde. Hizo muestras el ge-

novés de querer irse á la ciudad, mas sus criados le dijeron no lo hiciese, por no haber seguridad alguna de noche, que era tiempo de levadas, y había soldados traviesos, y á vueltas de los hijos de vecino, que se aprovechaban de estas ocasiones para robar, por parecerles que á los pobres soldados se les ha de echar la culpa de sus insultos: daño que debía remediar la justicia teniendo vigilancia de rondar de noche para averiguar estas dudas, y caso que se averigüen, castigarlas con severo rigor. Quedóse al fin allí el genovés, que no se holgó poco; aquella noche se le pasó toda en vela, discurriendo cómo podría obligar á la huésped que tenía, con menos gasto, á que viniese con su voluntad; varias trazas daba, pero lo mas fácil que él sabía quería olvidar, pues alcanzar amores sin liberalidades es un milagro en estos tiempos.

Vino el día, y habiendo mandado entrar á la convaleciente el almuerzo, la hallaron levantada, cosa que le admiró al genovés, entrando en su aposento á reñirla aquel exceso y á mirar de camino si aquella hermosura de Rufina debía alguna cosa al artificio; hallóla peinándose el cabello, el cual era hermosísimo y de lindo color castaño oscuro; alabó el genovés á Dios de haberle dado tan hermosos cabellos, y mucho mas, cuando partiendo la madeja para responderle, vió su rostro tan igual en la hermosura como cuando se fué á acostar, cosa para enamorar á cualquiera, pues el conocer que su hermosura no tenía nada de mentirosa, sino toda natural y verdadera, es para el hombre el mayor incentivo de amor. Preciábase Rufina poco en inquirir aguas, afeites, blanduras, mudas y otras cosas semejantes, con que abrevian las mujeres su juventud, viniendo con todo esto la vejez por la posta; agua clara era con lo que se lavaba, y sus naturales colores el perfecto arrebol que traía. Venía pues el genovés á ver si gustaria de ver su jardín, y ella estimó su cuidado; y por no mostrársela desagradecida, así como estaba, sin trenzar el cabello quiso bajar á él; acompañóla Octavio con mucho gusto, dándole el brazo en algunos pasos que había menester su ayuda, y ella tomándole vió todo el jardín con particular contento, y por ofender ya el sol se volvió á la casa, donde almorzó, y despues de haber hablado en varias cosas, quiso ver toda la casa; mostrósele el enamorado genovés. Tenía bien aliñada de cuadros de pintura de valientes pinceles, de colgaduras de Italia muy lucidas, de escritorios de diferentes hechuras, de camas y pabellones costosos; en efecto, no le faltaba nada para estar con un perfecto y correspondiente aliño.

Despues que hubieron visto casi todos los aposentos, abrieron uno, que era un curioso camarín, correspondiente con un oratorio; aquí había muchas láminas de Roma, curiosísimas y de precio; agnus deis de plata, de madera y de flores de diferentes maneras; el camarín estaba lleno de libros en dorados escaparates puestos. Garay, que era hombre curioso y leido, aplicóse á ver los libros, y comenzó á leer sus títulos; en un retirado escaparate había otros encuadernados con alguna curiosidad; estaban estos sin títulos; abrió uno Garay, y